



Gonzalo Fraguí

Ambrosías





AMBROSÍAS

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2025

© Gonzalo Fraguí

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: El perro y la rana

X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Tik Tok: @elperroylarana

Corrección y edición

Yhoíner Parras

Diagramación

Ian Laprea

Diseño de portada

Greisy Letelier

Imagen de portada

Narcisa en el silencio

Wilfredo Machado

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5791-6

Depósito legal: DC2025000929

Gonzalo Fraguí

AMBROSÍAS

Decálogo breve, *ma non troppo*

1. Un cuento cuenta dos historias, dice Ricardo Piglia. Un relato visible esconde un relato secreto. La historia secreta es la clave de la forma del cuento.

2. Todo cuento tiene un secreto, decía Borges, pero no hay que explicarlo.

3. La narración del cuento no se entrega completamente. Guarda recogidas sus fuerzas, aclaraba Benjamin.

4. Todo lo anterior aplica también para los textos breves, donde la concisión es fundamental. En un texto, pongamos de cinco líneas, las primeras dos líneas son tan importantes como las últimas tres.

5. El otro tema que me interesa es el humor, que nace desde la raíz. En ese caso es difícil superar a Terencio cuando dijo: «Una persona que no ríe no se puede tomar en serio». Este pequeño libro pretende ayudar a Allen Ginsberg, quien escribió: «América, por qué tus librerías están llenas de lágrimas?».

6. Aunque los textos casi nunca finalizan con la última palabra, los finales son un tema culminante. Ambiguos, a veces. Sorpresivos, otras. Eficaces siempre. Edgar Allan Poe decía que «un cuento se escribe en función de la última línea». A Macedonio no le gustaban los finales, por eso los terminaba antes, y alguien pedía: «Los principios dejémoslos para el final».

7. Estos textos prometían ser breves y salieron estas pequeñeces. Algunos no llegan ni a medio cuento, apenas bocetos, reescrituras, descontextualizaciones, intertextualidades. Esta no es época para acabar algo, es época para fragmentos, pensaba Duchamp.

8. Ambrosía viene del griego, y significa inmortal. El prefijo negativo *am*, que niega, y *brotós*, mortal. Era el manjar de los dioses.

9. Yo solo pretendo acercarme a quienes necesitan del alimento divino, que es el arte. En este caso, la literatura breve, textos degenerados, híbridos, anécdotas, chistes, retazos, marginalias, procedimientos, que cualquiera podría utilizar.

10. «El que nada tiene, algo compra», decía Carlos Monsiváis.

Víctor Hugo

Víctor Hugo estaba ansioso por conocer la opinión de los editores sobre su novela *Los miserables*.

El escritor envió una nota en la que simplemente escribió: «?».

Los editores fueron igualmente sintéticos y le contestaron: «!».

Cuento chino

Chuang Tse vio un día, en el campo, a una mujer sentada en el suelo que daba aire con un abanico a una tumba reciente. Le preguntó lleno de curiosidad qué hacía y la mujer respondió:

— Prometí a mi marido no casarme de nuevo hasta que la tierra de su tumba se hubiese secado. Pero el pobre murió en invierno y en estos días llueve mucho...

Benjamin

El 25 de septiembre de 1940 un conejo quería cruzar la frontera, pero un policía que jugaba ajedrez se lo impedía:

— ¿Por qué huyes?

Después de volar todas las montañas, cualquier pregunta corta las alas y el aliento.

— Están matando a las jirafas.

— Pero tú no eres jirafa.

— Me acusan de jirafa disfrazada de conejo. Déjame pasar.

— No. Jaque.

Faltaba un sello en un pasaporte, o unas monedas de oro.

El conejo se abrió paso entre alfiles y peones como por un bosque de flores enfermizas. Llegó hasta la última línea, pero la reina había escapado. Regresó entonces a la pensión.

Antes de que llegara el aura de la aurora, un conejo tocaba el piano negro de la eternidad.

Cementerio

Al amparo de la oscuridad y por entre los camburales, Tuto acostumbraba visitar a una novia en las afueras de Mucutuy, pero una noche lo sorprendió el padre de la muchacha, quien hizo varios disparos al aire y sacó corriendo al joven enamorado.

En su carrera, Tuto tuvo que pasar frente al cementerio del pueblo. Iba asustado, pero se tranquilizó cuando vio que en la puerta estaba un señor fumando. Tuto saludó y se sentó a descansar. Al rato le preguntó si no le daba miedo estar por ahí a esas horas, y el señor le respondió:

— Cuando estaba vivo sí. Ahora no.

Chuang Tzu

Chuang Tzu era muy diestro en el dibujo. El rey le pidió que dibujara una mariposa. Chuang Tzu respondió que necesitaba cinco años y una casa con doce servidores. Pasaron los cinco años y el dibujo aún no estaba empezado. Necesito otros cinco años, dijo Chuang Tzu. El rey se los concedió. Transcurridos los diez años, Chuang Tzu tomó el pincel y en un instante, con un solo gesto, dibujó una mariposa, la más perfecta que jamás se hubiera visto.

La noche que recibió el dibujo, el rey soñó que Chuang Tzu soñaba que era una mariposa. Pero no una mariposa cualquiera, sino la mariposa del dibujo.

Al otro día, al despertar, el rey comprobó que la mariposa era un autorretrato de Chuang Tzu.

El poeta Julio Flórez

El poeta colombiano Julio Flórez tenía fama de tacaño. Un día su esposa Salomé, que estaba urgida de dinero, le envió una nota donde le pedía que por favor le enviara 5 pesos.

Por supuesto, el poeta nunca envió el dinero solicitado pero, en cambio, en el mismo papelito, le respondió:

No cometas, Salomé,
ortográficos excesos;
pues en tu carta se ve
al pedirme 5 besos.

Desayunos

Tocaron a la puerta. Era su hermano menor. El hermano mayor se sorprendió, pero lo dejó entrar. Se odiaban desde jóvenes. El hermano mayor terminó de afeitarse y fueron a una cafetería cercana. Desayunaron en silencio, sin rabia. Al finalizar, el hermano menor pagó y se marchó.

Eran tres, ellos dos y una hermana. En la tarde el hermano mayor llamó a la hermana. Ella, compungida, le informó:

— Nuestro hermano murió.

— ¿Cuándo?

— Lo enterramos ayer.

Él se quedó en blanco. Apenas escuchó cuando ella le propuso:

— Vamos a vernos un día de estos para desayunar. Usted paga.

León Felipe

Una noche el poeta León Felipe tenía dispuesto dar un recital, pero el acto no empezaba, se demoraba demasiado porque no habían llegado las autoridades.

El poeta preguntó:

— ¿Ya llegó el señor alcalde?

— No, no ha llegado.

— ¿Ya llegó el señor obispo?

— No, no ha llegado.

— ¿Ya llegó el señor jefe de la guardia civil?

— No, no ha llegado.

Era el momento esperado por León Felipe:

— Ah, bueno, entonces podemos comenzar.

Speculum

El expresidiario don Isidro Parodi visitó Marruecos para conocer la prisión donde, con la colaboración del azar y del plebeyo placer del anacronismo, coincidieron un viejo militar manco, de apellido Cervantes, el modesto Pierre Menard y el esquizofrénico jardinero Daniel Rocco.

Menard había compartido en el desierto con un árabe estrafalario, llamado Cide Hamete Benengeli, voraz lector de historias de camellos, quien solía llevar unos desgastados quijotes para proteger sus lánguidas canillas.

Inseparables, los prisioneros aprovechaban las frías mañanas carcelarias para especular y escribir, a tres manos, las aventuras de ese desértico personaje. Luego dormían caóticas siestas libertarias y, al atardecer, caminaban por el laberíntico jardín de la prisión, donde hacían pequeñas fogatas con cuadernos escritos en letra de insecto.

Pero el destino no es un caballero gaucha. Se bifurcó cuando los prisioneros descubrieron entre las flores una droga más peligrosa que el tiempo.

Jorge Luis Borges, el escribiente de Parodi, quien cargaba la portátil cárcel de la ceguera, lo vio todo claramente. Como en su primera luna de miel.

Los Beatles

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo... el yelo... el *yellow submarine*.

El loco de pregonero

A Antonio Mora

En Pregonero había un loco, como en todos los pueblos. En una oportunidad nadie supo de él por varios días, así que los vecinos del pueblo lo dieron por perdido. Organizaron varios grupos de voluntarios y salieron en su búsqueda.

Un campesino vio al loco de lo más tranquilo caminando por el campo y le informó que en el pueblo lo creían perdido y que lo andaban buscando.

El loco empezó a rezar de inmediato:

— ¡Virgen del Carmen, que yo aparezca, que yo aparezca!

Estadísticas

El poeta colombiano Flóbert Zapata me contaba que la Universidad de Caldas realizó una encuesta entre profesores de secundaria. Se trataba solo de dos preguntas, pero los sorprendentes resultados dan luces sobre esta oscuridad.

1. — ¿Se siente usted realizado como profesor?

Sí: 98%

No: 2%

2.— ¿Le gustaría que un hijo suyo fuera profesor?

Sí: 1%

No: 99%

Cada cosa a su tiempo

Un poeta se hospedó en una pequeña pensión que daba al río Aguaro, donde pululaban las pirañas. En la noche advirtió que los propietarios habían dispuesto en un rincón del dormitorio, sobre una mesita, los cubiertos y los platos para el desayuno. El viajero alabó mentalmente a sus anfitriones por la prontitud de las atenciones.

Aunque estaba cansado, porque el viaje había sido muy largo, el poeta no pudo dormir pensando en lo paradójico que sería que ahora el desayuno no estuviera a tiempo.

Eso lo salvó de ser el desayuno de las pirañas.

Ramón Rivas

Ramón Rivas bebía mucho aguardiente. Un día enfermó de gravedad y tuvieron que llevarlo de emergencia al hospital. El médico lo examinó con toda parsimonia y luego le dijo en tono de reclamo:

— Déjeme decirle que el licor lo está matando poco a poco.

Y Ramón le respondió:

— Pues la verdad es que yo tampoco estoy muy apurado.

Bonny and Juan

Empezaba la noche cuando dos sedientas gacelas entraron al bar El Oasis, en Valencia, España. Pidieron cervezas y se dirigieron a unos pianos. Tocaban felices, bebían, reían, se besaban, cantaban. Parecía que no iban a morir nunca. Bonny y Juan jugaban ajedrez, más pendientes de las chicas que de la reina.

Al otro día Juan llegó temprano. Preguntó por «las inmortales». Bonny dijo:

— La inmortalidad pasa una sola vez.

Esperaron toda la noche y las chicas no volvieron. Entonces Bonny propuso:

— Vámonos a beber en un bar serio.

Cerraron El Oasis y salieron al desierto de la noche.

Triglicéridos

Dos chismosas conversaban en una calle cuando vieron pasar a una señora vestida de negro. Sorprendida, una de ellas preguntó:

- ¿Y por qué Domitila andará de luto?
- Pues porque se le murió el esposo, ¿acaso no lo sabías?
- Nóóó, me estoy desayunando, ¿y de qué murió Nicasio?
- A Nicasio lo mataron los triglicéridos.
- ¿Verdad?... Hay que ver cómo está la inseguridad en este país.

Paciente

Pólipo había sido un dócil paciente de la medicina. Todo empezó como un juego de niños cuando le sacaron los dientes de leche, el acné, las amígdalas, las cejas, la vesícula y el apéndice. Pero cuando el bisturí se enserió, Pólipo era solo un pie que ahora buscaba a un cirujano de zapatos viejos, llamado Tomis, para que lo atendiera.

El doctor Tomis lo examinó detenidamente y, meneando con grave modo la cabeza, resolvió:

— Con razón se siente mal, a cada paso se tropieza usted con la realidad. Le voy a recetar una buena dosis de Ojo de águila.

Pérez Bonalde

El poeta venezolano José Antonio Pérez Bonalde sabía ocho idiomas. Tradujo a Heine, a Edgar Allan Poe, a Paul de Saint Victor y al mismo Lucrecio, de quien puso en hexámetros *De rerum natura*, traducción que lamentablemente se perdió.

El poeta tenía tal facilidad para las lenguas que, durante un naufragio por costas escandinavas, dicen que aprendió el danés mientras se le secaba la ropa.

Dentaduras

Miró en el espejo y no se vio. Como tenía sueño fue a la cama y notó que su cuerpo estaba ya acostado. Se metió en él y se durmió. A medianoche despertó. Le dolían las encías. Hacía tiempo que se había quedado sin dientes y por eso compró una dentadura usada. De un muerto. Eran más baratas. Le pegaban un poco. Fue a orinar y a enjuagarse la boca. De regreso se miró de nuevo en el espejo y vio otro rostro. Volvió asustado a la cama. Un cuerpo estaba ya acostado. Era una mujer.

— Usted tomó mi dentadura y yo le quité su cuerpo.

Héctor Rago

El músico y físico Héctor Rago asegura que el bolero es inmortal, pero hay que adaptarlo a los tiempos. Pone, por ejemplo, aquel bolero donde ella pide:

— Haz lo que tú quieras

Pasados los años, habría que cambiarse por algo como:

— Haz lo que tú puedas

Temores

Cuando abrió los ojos, Elpidio se encontraba en una clínica privada. El aire acondicionado lo hizo temblar. Un sobrino le puso una chaqueta y lo tranquilizó. Le explicó que tuvieron que llevarlo de emergencia a la clínica porque se había desmayado mientras almorzaba. Llegó el médico de guardia y se llevó a Elpidio a una habitación. Allí le tomó la temperatura, la tensión y los signos vitales mientras Elpidio miraba el lujo de la clínica y pensaba en lo caro que le iba a salir la consulta.

El médico preguntó:

- Dígame, señor, ¿usted qué tiene?
- Bueno, yo tengo una finquita, unas vaquitas y un carrito.
- Nóóó, nóóó, lo que yo digo es ¿qué siente?
- Pues... siento que me los van a quitar.

Chuy Moreno

Cuando murió Alfonso Rivera toda la familia y los amigos fueron a acompañarlo en el último tránsito. En la funeraria, Oscar Rivera, uno de los hijos que tenía un humor endemoniado, estuvo contemplando largamente a su padre en el ataúd. Muy amigo del difunto era don Chuy Moreno quien llegó a la sala velatoria en el momento en que Oscar estaba embelesado con su papá. A pesar de que no quería interrumpirlo en su dolor, Don Chuy se le acercó para darle las condolencias.

— Lo siento, Riverita.

Oscar se voltea y le responde:

— No, Don Chuy, mejor déjelo así, acostaíto.

Antídoto explosivo

Un jirafito, todo mareado y con las patas torcidas, fue donde su mamá jirafa y le dijo que se sentía mal.

La mamá preguntó qué le sucedía.

El jirafito le respondió:

— Me fumé una caja de fósforos.

Molesta, la jirafa le recriminó:

— Usted, tan joven... Voy a tener que hacerle una purga con gasolina.

Mauro

En Mucutuy había un personaje muy ingenioso llamado Mauro. Un día contaba que, hacía mucho tiempo, él y varios hombres más habían ido a la montaña a matar un tigre. Pasados los días se quedaron sin agua y sin comida y empezó a llover y se perdieron y no encontraban ni una cueva donde escampar ni donde dormir por las noches.

Alguien le interrumpió para ayudarlo:

— ¿A la intemperie, pues?

— Nóóó, ni eso teníamos.

Simplatía

A León de Greiff

El poeta León de Greiff desayunaba algunas veces en el café El Automático, en Bogotá. Salía de casa y en el camino paraba en una salsamentaria, una especie de charcutería, donde compraba una canequita de aguardiente antioqueño, y se la echaba en un bolsillo del saco. Pasaba luego por El Palacio del Colesterol, pedía una bolsa de diez pesos (de la época) de chicharrones de cerdo frito, bien crocantes, y se la echaba en el otro bolsillo, al cual se le producía una gran mancha de grasa, porque la bolsa era de papel. Más adelante se detenía frente a un quiosco de revistas, tomaba un periódico, lo doblaba y lo ponía en el bolsillo donde llevaba la caneca de aguardiente, hasta que llegaba al café. Desayunaba huevos fritos con pan tostado y café con leche, pero a veces se le derramaba un poco de la yema de huevo; entonces la gente malvada decía que el maestro De Greiff necesitaba dos huevos, «uno para él y otro para su corbata».

Con tantas dificultades económicas el poeta inventó una palabra para explicar la situación en la que vivía: la «simplatía». León de Greiff no tenía ni con qué pagar el catastro de su casa. La oficina de impuestos lo amenazó con quitársela como pago. Esa casa, ya hecha unas ruinas, se convirtió con el tiempo en un burdel. Por lo menos tuvo mejor uso que el que le hubiera dado el Estado.

Un domingo en la mañana llegó León de Greiff al café El Automático, en Bogotá, a encontrarse con un amigo. La mesonera se acercó y saludó:

— Buenos días, maestro.

León de Greiff la miró y respondió:

— ¿Maestro? ¿Maestro yo? Maestro el que inventó la mamadera de gallo.

Adolfo Mejías

En un festival de poesía el poeta Adolfo Mejías estaba leyendo un poema en un parque. El poeta leía:

— Se me crispa la piel al ver caer las hojas de los árboles...

— A mí también — dice un viejito que está casi acostado en un banco del parque.

El poeta interrumpe la lectura, mira condescendiente al anciano, y se lanza de nuevo con su verso:

— Se me crispa la piel al ver caer las hojas de los árboles...

— A mí también, vuelve a decir el viejito.

Adolfo interrumpe de nuevo su lectura y, un poco molesto, le pregunta al anciano:

— Disculpe, maestro, ¿acaso usted también es poeta?

— Nóóó...

— Y entonces ¿por qué se-le-crispa-la-piel-al-ver-caer-las-hojas-de-los-árboles?

— Ah, porque yo soy el que barre el parque.

El burro más triste del mundo

En Ríosucio un sacerdote tenía un burro al que le había enseñado latín. El animal, que era horrible, con pelos largos y embarrados, ocupaba un pequeño cercado con todo tipo de hierbas. El oficio del burro era procrear muleros con yeguas que le llevaban. No por erotorexia que, según Píndaro, era el deseo irrefrenable de amor, sino porque si el flaco animal flaqueaba, le administraban unos garrotazos en el lomo y en seguida comenzaba una carrera desenfrenada contra la yegua de turno.

Cuando el monaguillo tocaba las campanas, en horario que no hubiera misa, el cura alzaba los ojos al cielo en agradecimiento. El burro había cumplido, una vez más. El sacerdote recibía cinco francos por cada logro del burro y, si se le daba maíz, el jumento podía producir hasta cincuenta francos en un día.

Un domingo, en el que una yegua se resistió más de lo corriente, el burro se acercó y le dijo que estaba muy triste. La yegua pensó que sería una estratagema del burro para convencerla, pero él le mostró un letrero en latín que decía: *Omne animal triste post coitum*.

La yegua, que no sabía latín, le preguntó qué decía. El burro tradujo:

—«Todo animal es triste después del coito». Y con usted ya serían once hoy; perdone la tristeza.

La yegua le miró las claras orejas y se compadeció.

Calambur

Un día cenaban en la tranquilidad del hogar el maestro Briceño y su esposa Jacqueline. Briceño era un tirófago, (que en griego significa «devorador de queso»). Jacqueline estaba sirviendo la comida cuando preguntó:

— ¿Vas a querer queso?

En ese momento se escuchó un extraño ruido afuera de la casa y Briceño dijo:

— ¿Qué sonó?

Y se quedó sin comer queso porque la esposa entendió:

— Queso no.

Inmortal

Al ventrilocuo le gustaba cierta zona macabra de su arte. Podía producir cualquier sonido, el canto de los pájaros, el aullido del viento, la danza de las estrellas, sin que nadie notara el movimiento de su vientre.

En una de sus travesuras, el ventrilocuo enfermó de gravedad. Dijo a su esposa que no moriría mientras ella lo tuviera entre sus brazos. Lloraron y se amaron más. Una tarde sonó el timbre de la puerta. El artista se agarró fuerte y pidió no abrir. Así transcurrieron los días. A través de la telaraña herida de los ojos pudo ver el cansancio de su amada. Entonces sonó el timbre de nuevo. ¿Quién podría ser ahora? Últimamente nadie los visitaba. El ventrilocuo parecía dormir, pero el timbre insistía una y otra vez. Ella fue a ver. Nadie. Al regresar, el ventrilocuo había muerto.

Monterroso

Tito Monterroso, como todo el mundo sabe, es el autor del cuento más breve de la historia de la literatura, «El Dinosaurio», cuyo texto completo dice: «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí». Pero cuando lo incluyó en su primer libro, un editor le gritó:

— ¡Eso no es ningún cuento!

Monterroso sin inmutarse le contestó:

— Tiene usted razón, eso en realidad es una novela.

Juego de niños

El rey, sus perros y sus súbditos se adentraron en el bosque. Cuando divisaron los primeros árboles vieron algo sorprendente. Varios troncos tenían un blanco y exactamente en la mitad del círculo una flecha. Revisaron y comprobaron que las flechas habían sido disparadas una sola vez. El rey preguntó a sus arqueros. Ninguno sabía. El rey suspendió la cacería y regresó al palacio. Quería conocer al excepcional arquero. Llegada la noche se concluyó que no era nadie del palacio. El rey ordenó buscar en todas las comarcas de su reino. Mientras aparecía el arquero empezaron las intrigas entre los que mejor manejaban el arco. Todos querían obtener los favores del rey. Después de varios días, los guardias llevaron ante la presencia del rey a una niña asustada quien decía haber disparado tales flechas. Nadie le creía. El rey preguntó amablemente. La niña dijo que sí, que había sido ella. Entonces el rey quiso saber cómo lo había hecho. La niña explicó:

— Muy sencillo, Su Majestad, yo disparo las flechas y luego, donde caen, dibujo los blancos.

El rey y sus allegados se echaron a reír. Fueron interrumpidos por un mensajero que abruptamente entró en la sala. Traía noticias. Una tribu de mujeres, a las que les faltaba un pecho, había dado muerte con sus flechas a los vigías y estaba tomando el palacio.

Doña Gerbasia

No hubo un día en que Doña Gerbasia no visitara la medicatura del pueblo. Mi madre la atendía amablemente y con resignación, ya que Doña Gerbasia había tomado la costumbre de ir a la medicatura como quien va diariamente a misa.

Al comienzo mi madre le daba una aspirina y le conversaba un rato. Doña Gerbasia, casi de inmediato, iba sintiendo mejoría mientras se enteraba o difundía las novedades del pueblo.

Un día, mi madre le cambió la aspirina por una vitamina C. Doña Gerbasia ni se enteró del cambio de tratamiento ya que la mejoría llegaba inmediatamente después de la pastilla y de un rato de conversa.

Lo que no se ha podido descubrir todavía, a pesar de los adelantos de la ciencia, es esa extraña enfermedad que aquejaba a Doña Gerbasia quien, al llegar a la medicatura, casi desplomándose, exclamaba:

— ¡Ay, doña Carmen, ¡tengo un dolorcito de cabeza por todo el cuerpo!

Alfredo Sadel

Cuentan que Aldemaro Romero estaba tocando en una plaza de Maracaibo con Alfredo Sadel. Como era de esperarse, había mucha gente, pero también un perro callejero.

Cuando Alfredo empezó a cantar el perro también se puso a aullar. Vino la segunda canción y el perro volvió con los aullidos. El perro se callaba cuando Alfredo dejaba de cantar. Vino una nueva canción y el perro aulló toda la canción. Entonces alguien del público, con evidente acento maracucho, gritó:

— Vergación, Alfredo, cantáte alguna que no se sepa el perro...

Valle-Inclán

Don Ramón del Valle-Inclán decía que el licor le ahorraba el trabajo de regresar a casa porque, cuando salía de los bares a eso de las tres de la madrugada, él simplemente ordenaba a la calle que se echara a andar y que la casa viniera por él.

— Y mi casa se me va acercando como un barco — aseguraba.

Oniria

Al «carucci» Alberto

Una chica duerme plácidamente. Sueña que llega a su apartamento, toma una ducha, se pone ropa ligera y se acuesta. De pronto siente que alguien sube por la pared y se introduce por la ventana. Se trata de un hombre desnudo que, arma en ristre, se dirige a la cama donde ella se encuentra.

Ella le pregunta asustada:

— Señor, ¿qué me va a hacer?

Él le responde:

— No lo sé, señorita, la que está soñando es usted.

Duelo

No conocía el tiempo hasta que un día lo encontró frente a frente. El tiempo parecía cojear de una pata. Así estuvieron, contemplándose, un segundo. Sospechando uno del otro. Ella sabía que con árboles se cautiva a los unicornios. Un movimiento en falso del tiempo y la gata lo volvió intemporal.

Fábula

Un día se oyó una voz:

— El lobo, el lobo, ahí viene el lobo.

Todos corrieron y era falso.

Otro día se escuchó la misma voz:

— El lobo, el lobo, ahí viene el lobo.

Esta vez nadie le hizo caso.

Cuando, finalmente, vino el lobo, se escuchó de nuevo la voz:

— El lobo, el lobo, ahí viene el lobo.

Entonces la loba le pidió al esposo, que acababa de llegar:

— Dile a nuestro hijo que deje ya de leer esos cuentos infantiles.

Gallegos

Preguntaron a don Rómulo Gallegos cuál era el propósito de la literatura y del arte. ¿Satisfacer necesidades espirituales? ¿Darle pan a alguien que tiene sed?

Gallegos respondió:

— El verdadero propósito de la literatura no es satisfacer necesidades sino abrir nuevos apetitos.

Náyades

Mientras corría, Elio creyó escuchar unas voces. Se detuvo, apartó el follaje con las manos y, a lo lejos, advirtió una hondonada por donde bajaba un pequeño río. Se acercó con cautela y cada vez oía con mayor claridad gritos y risas. Al encaramarse en una piedra contempló el más maravilloso de los espectáculos. En un pozo se están bañando unas jóvenes muchachas, bellísimas y desnudas. Elio dudó. No quería molestarlas con su presencia. Era una imprudencia permanecer allí porque ellas estaban solas, echándose agua unas con otras, gozando. Jugaban sumergidas y, a veces, cuando saltaban, podían verse sus níveos pechos.

Elio consideró que lo mejor sería alejarse con la yuca que le habían encomendado que buscara pero, antes, se quedó un rato más contemplándolas. Cuando ya estaba a punto de marcharse, una de las jóvenes lo vio y se lo comunicó a sus compañeras. Elio **quiso** huir, pero las divinas chicas lo agarraron de una mano y le impidieron que se fuera. Elio recordó la misión, sus hambrientos compañeros de viaje lo habían enviado por yuca, y rogó que lo dejaran ir. Las mujeres acogieron al lloroso joven en su regazo y lo consolaron con tiernas palabras.

De pronto se escuchó a alguien que gritaba: — ¡Elio, Elio, Elio!— Elio trató de responder, pero su voz salió tenue del fondo del agua.

Tres hombres y una mujer se acercaron corriendo al río. Lo primero que encontraron fue el canasto y las yucas desperdigadas. En el pozo flotaba el joven, ahogado.

Guillermo de León Calles

Guillermo escribía el libro más esperado por la crítica literaria, *El manual del burrero*, una guía muy útil para jóvenes que necesitan aferrarse a algo. En esas andaba el poeta cuando la indócil naturaleza sufrió una sacudida y el bar hecho de bahareque y carruzo empezó a desmantelarse. Todos se lanzaron a la calle. Cuando la tierra se tranquilizó se acordaron del poeta que, con su ceguera, le habría costado salir. Entraron y vieron a Guillermo abrazando unas cajas y unas gaveras de cerveza.

— Qué valentía, poeta, ¿por qué no salió?

— Porque me quedé salvaguardando el elixir de los dioses.

Roque Dalton

El poeta salvadoreño Roque Dalton tenía un excelente humor. Algo que no entendieron ni sus propios camaradas. Por su lucha, por su poesía y por su humor lo asesinaron. Roque contaba este chiste:

— Un borracho está en una fiesta y tiene muchas ganas de bailar, pero no encuentra pareja. De pronto divisa a lo lejos a una señora gorda que tiene un vestido morado que le llega a los pies y un sombrero que le hace juego con el traje. Se dirige inmediatamente a ella y le pide que le acepte una pieza. La señora levanta la nariz y le dice que no. El borracho insiste. Le pregunta que por qué no quiere. Entonces la señora le responde enfáticamente:

— No acepto bailar con usted por tres razones esenciales: la primera, porque usted está muy borracho; la segunda, porque los músicos se fueron hace como media hora; y la tercera, porque yo soy el arzobispo de San Salvador.

La miel del alacrán

A Yura, la librera de la antigua Librería Kuaimare de Mérida, hace tiempo la picó un alacrán. Todos nos preocupamos, llamamos a los hospitales, a los bomberos, pedimos una ambulancia. Cuando por fin llegó un médico amigo ya era tarde. No había nada que hacer. El alacrán había muerto.

La mujer del burro

En Bailadores había una señora que tenía un burro. Un burro tan desordenado como la dueña. La mujer no tenía complejos de ningún tipo. Se emborrachaba con los hombres, echaba pala de sol a sol, no montaba de lado, como las demás mujeres, y arriaba ganado del pueblo a la ciudad.

Un domingo bajaron al pueblo la mujer y el burro. Ella se metió en el único botiquín y el burro, después de comerse la grama de la plaza, se metió en la iglesia.

El sacerdote iba a dar la misa del domingo, pero se abstuvo cuando vio el animal por los lados del confesionario. Algunos bromearon en voz baja diciendo que el burro quería confesar sus pecados. El padre y varios vecinos intentaron sacarlo pero no pudieron. El burro pateó santos, rompió velones y se refugió en la sacristía. El padre preguntó, entonces, de quién era el animal. El sacristán respondió que de la mujer que estaba en el botiquín.

Fue el mismísimo cura quien quiso reclamarle personalmente. Llegó al bar, tocó a la señora en el hombro y preguntó:

— Disculpe, ¿usted es la mujer del burro?

La mujer, que ya tenía varios tragos encima, contestó:

— No, padre, el burro es soltero.

La Gata Martina

Martina era una paisana de Mucutuy que tenía unos ojos bellísimos, por eso la llamaban «La Gata». Tenía además un especial sentido del humor. Un día la encuentro por los alrededores de la Plaza Bolívar y, como tenía mucho tiempo sin verla, le pregunto:

—Martina, ¿por dónde anda últimamente?

Y ella no tardó en responder con picardía:

—Pues, me ando por ahí.

Avisos

En Calderas había un señor que cortaba pelo a hombres, mujeres y niños y, además, tenía fama de poeta. Comenzó peluqueando en la sala de la casa pero, cuando hacía mucho calor, se mudaba a la terraza donde era más fresco. El problema se presentaba cuando llovía, porque se mojaban cliente y peluquero.

Así que, a veces, peluqueaba en la sala y a veces en la terraza.

Sin embargo, la gente protestaba:

— Fui para que me tusara y no lo encontré.

El peluquero se defendía:

— Yo sí estaba pero arriba en la terraza.

Otras veces era al revés.

— Fui a buscarlo a la terraza pero usted ya no quiere trabajar.

Así que, para evitar que se le fueran los clientes, el peluquero puso el siguiente aviso:

Se corta pelo
Arriba y abajo.

Las Trejo Díaz

Tres fueron las preciosas criaturas que tuvieron el señor Trejo y la señora Díaz. Eran el orgullo de Mérida. Tres niñas que con el correr de los tiempos fueron convirtiéndose en las mujeres más bellas en muchos kilómetros a la redonda.

Todos los hombres de la ciudad soñaban con conquistar alguna de las tres perlas, pero las chicas, además de belleza, demostraron tener un carácter recio. Más de uno se llevó su cachetada cuando quiso propararse con alguna de ellas, o cuando algún enamorado quiso manifestarles su amor o simplemente cuando alguien soltó un amable piropo.

Como eran tan difíciles, y andaban siempre juntas las tres, los jóvenes ya desconsolados, cuando las veían pasar, decían con tono de despecho:

— Allá van las *tre jodías*.

Vicente, el telegrafista

Un día, en Mucuchachí, una señora pidió a Vicentico, el telegrafista, enviar un telegrama urgente a Mérida.

Se acercaban las fiestas de San Isidro y ella, que era su más fiel devota, estrenaba un vestido nuevo cada año para esa fecha. Había mandado a comprar en Mérida «un corte», que no era otra cosa que un pedazo de tela, suficiente para hacerse un vestido, pero pasaba el tiempo y el «corte» no llegaba.

El solo pensar que no tuviera «estreno» para el día del santo le destrozaba los nervios. Tendría que ponerse ropa ya estrenada que, por lo demás, no era mucha la que le quedaba. Entonces, para tratar de mostrar la angustia en la que se hallaba, le escribió un telegrama a la persona que tenía que enviarle la tela, más o menos en estos términos:

Ruego enviar corte urgente
tengo a San Isidro encima
y yo desnuda.

El Piloto

Cuando filmaban la película *¿Por quién doblan las campanas?*, había una escena que después les pareció muy fuerte y la quitaron. Alguien le pregunta a un personaje, al que apodan «el Piloto», qué tipo de aviones vuela, y él responde que no vuela aviones.

— Y entonces, ¿qué vuela?

— Vuelo trenes.

Era el dinamitero.

El sueño del pintor

A Eduardo Torres

El día de la Navidad la madre regresó del trabajo y encontró a los niños enojados. En realidad, las tres niñas estaban molestas con Eduardo. La madre preguntó qué sucedía. Morelia, María y Carolina explicaron que, como todavía tenían un televisor en blanco y negro, ellas le habían pedido al Niño Jesús un televisor a color, pero que Eduardo no había estado de acuerdo.

Eduardo era muy pequeño y, aunque ya dibujaba, apenas estaba aprendiendo a escribir. Él se puso solo a hacer la carta. Así estuvo toda la mañana. Cuando finalizó, unas palabras estaban descansando debajo de un árbol; otras, bañándose en un río; otras, montando bicicleta, pero el motivo de la discordia era lo que Eduardo había pedido:

— «Pequeño Niño Jesús, no le hagas caso a mis hermanitas. Mejor tráiganos una caja de creyones».

Balzac

Honoré de Balzac no sabía cómo notificarles a sus amigos la defunción de un tío muy rico que le había dejado en herencia una gran cantidad de bienes y dinero. Pensó en una novela de ochocientas páginas pero, finalmente, como con timidez, y con vergüenza por la brevedad, les escribió esta esquila:

— Ayer, al anochecer, mi tío y yo pasamos a mejor vida.

Calimero

Los misterios que contemplaremos hoy son lluviosos.

Aquel día la Magdalena había llorado. Llegó en silencio y solo alcanzó a decir:

— Miraré tu sombra si no quieres que mis ojos te vean.

Y Jesús respondió:

— Quiero estar en mi sombra si es allí donde estarán tus ojos.

El poema

En el lecho de muerte, el poeta se disponía, como quien toma un barco, a emprender su último viaje.

El Juicio Final se le presentó y le dijo:

— Todavía no has escrito el poema.

El poeta fue avistado, con ligero equipaje, por los alrededores del puerto.

Colonoscopy

Macedonio había preparado un discurso para recibir a Cristóbal Colón en su segundo viaje. El Almirante tenía la misión, bajo precisas instrucciones, de hacer cuanto antes el descubrimiento de América, no fuera a ser que los nativos lo verificaran primero que él. Pero, como suele suceder con estos paseos apurados, muchos se quedan sin hacer. El hombre no llegó. No hubo un segundo viaje de Colón. Únicamente el primero y el tercero.

Los marineros estaban molestos porque Colón, con la idea de ahorrar comida, una noche les dijo: «Cenaremos mañana al amanecer». Había empezado la colonización del colon. En alta mar los marineros se amotinaron. En sus antiguas prisiones estaban más cómodos. Ese azul infinito se les estaba haciendo interminable. Algunos no soportaban tanta libertad. Colón estuvo a punto de echarlos al mar. Deseaba seguir en solitario, pero después se arrepintió. No quería quedar en tan mala compañía. Colón comprendió que para vivir no basta solo con la vida. Así no tenía sentido sentir. Empezó entonces un diario donde cada año escribiría lo que se iba a recordar en los próximos siglos.

Macedonio regresó a su casa y pensó que si el istmo de Panamá, que en ese momento era todo de tierra, hubiera sido todo de agua, el descubrimiento de América se habría realizado en China, donde a Colón se le esperaba todos los domingos.

Ambrosía

En Santa Elena, Antioquia, el joven poeta mexicano José María Ibarra daba una conferencia sobre las bebidas ancestrales. Yo opiné tímidamente que a mí me gustaba el tequila, y el poeta exclamó:

— El tequila es para los mortales.

Luego sacó una botella de su morral y dijo:

— Para los dioses, el mezcal.

No se habló más. Todos nos concentramos en la botella, que era efectivamente del divino mezcal. Nos tomamos hasta el gusanito.

Después el poeta azteca entró como en trance y entonces, los allí reunidos, Tatiana Arango Botero, Miller Almario, Fercho Cuartas, Andresito Uribe Botero y yo, aprovechamos la ocasión para hacer la gran pregunta:

— Díganos, maestro, después del nadaísmo, ¿qué hay?

El poeta con pasmosa lucidez respondió:

— Pos nada.

Y desde ese momento nos declaramos posnadaístas.

Poesía

— Abuelo, usted que se las da de poeta, dígame qué es la poesía.

— Mire, Barbarita, la poesía, dice Platón en el *Symposio*, es el paso del no-ser al ser. ¿Entendiste?

— No.

— Te pondré un ejemplo. La abuela con dos agujas y un hilo al comienzo no tiene nada, pero después de tejer varios minutos aparece un escarpín. Ese acto de creación tiene que ver con la poesía.

— Ah, ahora sí.

— ¿Qué entendiste?

— Que la poesía tiene los pies descalzos.

Gabo

Fray Bartolomé de Las Casas escribió que Cristóbal Colón no concebía que el mundo fuera redondo, como creían los astrónomos y filósofos, sino como una teta de mujer. Y que el paraíso terrenal, el jardín del edén, estaría sobre el pezón de aquella teta, «cuya parte es la más alta y más próxima al cielo».

Lamentablemente, hoy sabemos que no es así.

¿Culpa de quién? De José Arcadio Buendía, quien, ayudado por el astrolabio, la brújula y el sextante que le dejara Melquíades, y después de leer a Paul Eluard, un día se sentó a la cabecera de la mesa, temblando de fiebre, y develó su descubrimiento:

— La tierra es azul como una naranja.

Poncio

Poncio le escribe a Augusto:

Piadosísimo, divinísimo y terribleísimo César Augusto.

Excelencia: la petición que voy a hacer es a causa de mi aburrimiento y desolación. En esta provincia no sucede nada y es grande mi fastidio. Desearía gobernar otro lugar donde haya más acción y movimiento. Aquí lo único que hay son mentiras. Hoy me vinieron con el cuento de que un loquito resucitó a un muerto de cuatro días con solo dirigirle la palabra; y es de notar que el muerto ya despedía un hedor de perro. Le mandó que echara a correr, y él, como un esposo en la cámara nupcial, así salió del sepulcro, rebosante de perfume. Ese loquito, además, anda por ahí en un borrico diciendo que es rey.

FIRMA

PILATO, GOBERNADOR DE LA PROVINCIA ORIENTAL DE PALESTINA Y DE FENICIA.

Rubbing

El tirano rey de Suecia hizo decapitar a los nobles de Estocolmo, entre los que estaban dos niños: los Rubbing. Uno de ellos, al ver a su hermano decapitado, rogó que cuando lo decapitaran a él por favor no le mancharan de sangre la camisa porque lo regañaría su mamá. El verdugo no tuvo valor para decapitar al niño, entonces el tirano pidió la cabeza del verdugo.

El tirano fue derrocado y abandonó Copenhague. Reunió una flota de barcos y regresó a Noruega. Salió derrotado y puesto prisionero en un viejo alcázar. Pasaron muchos años, el tirano enfermó, quería morir, pedía ser decapitado. El jefe del castillo, de apellido Rubbing, se negó.

Obregón

El pintor colombiano Alejandro Obregón se pasaba las horas contemplando los alcatraces en las playas de Cartagena. Un día, mientras filmaban la película *Queimada*, donde Obregón actúa al lado de Marlon Brando, vio una bandada de alcatraces que volaba perfectamente ordenada en forma de V. El pintor empezó a gritar y a aletear con las manos, y trazó una inmensa flecha en la arena, a la inversa de cómo volaban las aves. Los alcatraces se sorprendieron con los gritos, rompieron la formación, se alinearon de nuevo y ahora siguieron la dirección que indicaba la flecha de Obregón.

El arte

Invito a Barbarita a «pintar» con retazos de tela. Ella acepta encantada. Empieza con un frondoso árbol amarillo, un cielo negro para poder ver las estrellas, unas montañas rojas, un río, una canoa. La madre le dice a la niña que tienen que irse, y los retazos del cuadro se quedan sin pegar. La niña me advierte:

— No me lo vaya a tocar, abuelo, me lo deja así como está.

— Tranquila.

En la noche Barbarita llama y pregunta por el cuadro. La ventana estaba abierta y el viento lo había trastocado. Le digo que, como estaba lloviendo mucho y el viento tumbó varios árboles, los pajaritos se habían refugiado en el árbol del cuadro al verlo tan bonito y lo desordenaron todo.

— ¿Verdad, abuelo?... bueno, no importa, dijo ella.

En la cama, con la cabeza en la almohada, Barbarita piensa en los pajaritos que se metieron en su árbol para refugiarse del frío y de la lluvia. Y, a punto de cerrar los ojos, intuye que hay algo que no es verdad ni mentira, que algunos llaman arte, que no sirve para nada, pero a veces nos permite dormir con una sonrisa.

Gatos mojados

— Aló, ¿la profesora de tercer grado?

— Sííí.

— Disculpe, profesora, yo soy la mamá del alumno Alejandro Torres. La llamaba para informarle que Alex no va a poder ir hoy a clase.

— ¿Y qué le pasó?

— No se puede levantar.

— ¿Está enfermo?

— Nóóó.

— ¿Y entonces?

— Es que se pasó toda la noche secando unos gaticos.

— La verdad es que no la entiendo, señora representante.

— Le explico. Ayer en la tarde, cuando salimos de la escuela, estaba lloviendo. Como íbamos apurados, a Alex se le cayeron los gaticos en un charco. Al llegar a la casa no quiso ni comer. Se puso a secarlos, uno por uno, y hasta que no los secó todos no se acostó.

— ¿Y cuántos gaticos tiene?

— Unos cincuenta.

— ¿Ud. tiene en su casa cincuenta gatos?

— No, yo no. Los tiene él.

— ¿Y dónde llevaba Alex ayer cincuenta gaticos?

— En una carpeta.

— ¿Qué?

— Sí, ahí es donde los guarda cada vez que los dibuja.

Leonardo

Leonardo da Vinci tenía los bolsillos vacíos con demasiada frecuencia. A los veintiún años fue admitido entre los pintores de Florencia, pero carecía de dinero para pagar los derechos del gremio. A los veintisiete no estaba mejor. Y Leonardo era pintor, escultor, ingeniero, músico y escritor.

Todos estaban bajo el ala del poder. A Boticelli lo protegían los Médici. A Perugino, la Iglesia; apenas tenía que pintar ángeles con los ojos vueltos hacia el cielo. Los astrólogos alineaban a Sirio con el sol y los médicos preparaban brebajes de escorpiones. Leonardo solo tenía ideas, proyectos. Nadie es pobre si tiene ideas.

Leonardo, además, era lutier. Ideaba laudes con cabeza de caballo y vientre de pez. En Florencia nadie tocaba ni cantaba como Leonardo. Lorenzo de Médici no consideraba a Leonardo entre los pintores, sino entre los músicos.

Pero Leonardo andaba descarriado. Mientras los demás hacían dinero, él observaba los pájaros. Protestaba diciendo: «Solo es pobre el que tiene excesivos deseos».

Leonardo murió en Amboise, en un castillo donde vivió sus últimos años, de 1516 a 1519. Dejó todas las pertenencias a sus discípulos y a sus sirvientes. El cortejo fue seguido por 60 mendigos, a los cuales Leonardo alimentaba.

El despecho de los perdidosos

*A los poetas José Antonio Ramos Sucre
y Ángel Eduardo Acevedo,
oníricos.*

Lo primero que divisé a la distancia fueron las tejas azules de las catedrales. Mi corazón latió al ritmo del tañido de las campanas y yo sentí que era el corazón de la tierra el que latía. Las últimas arenas corrían detrás de nosotros como empujándonos hacia la ciudad. El desierto, como un dragón que lanza fuegos, vomitaba camellos y hombres de su insaciable boca. La noche anterior yo había sentido el nerviosismo de los animales. Al amanecer, la estampida enturbió con furia el amoroso horizonte. El frío nos regaló unas diminutas gotas de rocío que resultaron ser el más preciado diamante. La caravana partió y vimos odaliscas que vencían las tormentas de arena y sus delicados velos dibujaban pinceladas efímeras, envidias del mejor pintor, en un juego eterno, siempre nuevo. Por el camino fuimos asaltados insistentemente por espejismos y otros contrabandos. Agua abundante y sábanas limpias coronaron la travesía. Ella puso en mis labios un licor de dátiles y me sumió en este sueño.

Aureliano González

Aureliano González salió un día caminar por las afueras de Boconó. Tomó el camino de Las Guayabitas, de donde vivía Domingo Miliani hacia abajo, y le dio libertad a sus pasos. Ya alejado de la ciudad se dio cuenta de que había entrado la noche y sintió miedo. Acababa de regresar de una larga temporada en Caracas y la paranoia de la gran ciudad todavía lo acompañaba.

Cansado y contrariado por el descuido, vio venir a lo lejos a un jeep. El chofer se ofreció a llevarlo. Aureliano agradeció el gesto y aceptó. De pronto el chofer cambió de ruta, tomó otro camino y se detuvo ante una casa.

— Ya regreso — dijo el señor.

A Aureliano se le dispararon los nervios. Pensó que lo iban a robar o a matar, o a lo mejor quién sabe.

Al rato, el señor salió de la casa, pidió disculpas por la demora y dio la razón del desvío.

— Era que hoy no le había pedido la bendición a mi mamá.

Ciro Mendía

Al poeta Fernando Linero

El poeta y dramaturgo colombiano Ciro Mendía estaba agotado. Acababa de escribir su obra *Prometea desencadenada* y quería descansar. Le pidió a un presidente de Colombia que lo ayudara. El presidente le preguntó qué quería, y el poeta le respondió que deseaba estar en algún lugar tranquilo, sin trabajar, y con un sueldo que le permitiera vivir felizmente. Como en vacaciones. El poeta recordó aquellos versos de X-504:

«...quedarme el día entero debajo de una palma,
y olvidarme de todo a la orilla del agua.»

Al presidente se le ocurrió enviarlo a la isla de Providencia, en San Andrés. Le dio un papel como funcionario de labores culturales, cargo que en realidad no existía. Era solo para justificar el sueldo. El poeta Ciro se fue encantado. Desde el principio se sintió en el paraíso terrenal. Pasaba los días tomando whisky en la playa, contemplando el mar. Feliz.

Luego de varios meses en esa rutina, cansado de tanta felicidad, empezó a llegarle el marasmo y, entonces, el tal paraíso se le convirtió en infierno. Ahora, cuando estaba con tragos se levantaba furioso de la hamaca, le lanzaba patadas al mar, y le pedía, cállate, cállate, estoy harto de ti.

Metáforas

El poeta Ernesto Reyes, quien vive en Atenas, tiene problemas con las metáforas. En Grecia hasta las estaciones de autobús se llaman metáforas, la flor favorita de los poetas. Sabemos que metáfora viene del griego, *meta*, «más allá»; y del verbo *fero*, *foreuo*, «llevar». Metáfora es lo que da mayor luz a una oración, dice Aristóteles. Pero me explica el poeta que metáfora es también «mudanza», «traslado». Incluso en los bancos se utiliza la palabra metáfora para decir «transferencia».

Yo ahora tengo mis dudas, no sé cuál elegir:

— La acepción poética: escribir metáforas y que después cada quien enamore a quien pueda.

— La acepción bancaria: decirle a algún amigo que yo le envíe mi cuenta del banco para que me haga una metáfora.

— La acepción transportista: tomar un autobús en El Pireo y cerca de la Academia de Platón pedirle al conductor: «Me deja, por favor, en la próxima metáfora».

Excusas

Fernando Gómez, con el matrimonio en crisis, decide acabar la relación y una madrugada, en medio de una pelea con su mujer, echa en una maleta unos calzoncillos y un par de camisas. Abandona el hogar, dando un portazo, y baja a la calle en busca de un taxi.

Afuera llueve a mares. El tiempo transcurre lentamente, pero no pasa ningún carro. Hace frío y Fernando piensa en las sábanas tibias. Harto de esperar sube de nuevo al apartamento, y su mujer, que está llorando, al oírlo entrar, exclama:

— Has vuelto.

Fernando aclara:

— Olvidé el cepillo de dientes.

Madame Berlioz

Unas personas fueron donde Madame Berlioz y le pidieron que les hiciera un lazo. Madame agarró un pedazo de cinta, le dio varias vueltas, hizo el lazo, lo entregó a los visitantes y les dijo:

— Son mil dólares.

Las personas, alarmadas por el precio, exclamaron:

— ¿Mil dólares, por un pedazo de cinta?

Sin inmutarse, Madame Berlioz deshizo el lazo y les dijo:

— No, la cinta es gratis.

Editores

Una persona me intercepta en la calle y me pregunta:

— Disculpe, ¿Ud. es el trapecista?

Yo venía saliendo de las oficinas de la Editorial Mucuglifo, y le respondo:

— No, yo soy editor.

— Ahh, así que tú eres el editor.

— Sí.

— Yo pensaba que eras el trapecista, esos que dan muchas volteretas en el aire sin tener ni una red abajo que los salve, en caso de que se caigan.

Yo le aclaro:

— No, yo hago libros. El que es trapecista es mi hermano. Usted sabe, a él siempre le han gustado las cosas fáciles.

Errores acentuados

Anaís Nin era libre y rebelde en todo. Incluso con la ortografía. Su padre, el pianista español Joaquín Nin, le enviaba libros y trataba de enseñarle francés por cartas, pero Anaís no era muy aplicada. Sobre todo con el francés, que tiene más acentos que palabras.

Un día Anaís le escribió una carta al padre, pero sin un acento. Después le añadió un párrafo con acentos de todos los tipos, inclinados hacia la derecha o hacia la izquierda, y finalmente le decía: «para que los distribuyas correctamente».

Trino Borges

Don Trino hablaba a los alumnos y amigos de la necesidad de la poesía, del amor, de la verdad, de la justicia, del acercamiento a la naturaleza. Aunque a veces se quejaba. Decía que íbamos por el mundo como turistas, mirábamos, pero no veíamos, y perdíamos las cosas esenciales. Ponía un ejemplo, algo que le pasó cuando daba clases en Barquisimeto. Un día preguntó a sus alumnos:

¿Qué hay entre la avenida 20 y la calle 28?

Todos hicieron memoria y dijeron:

— Beco.

Beco era una tienda por departamentos muy famosa que quedaba efectivamente en esa intersección, pero no era eso a lo que se refería don Trino. Pidió que pensarán un poco, pero nadie tuvo otra respuesta. Entonces el maestro les propuso que fueran a esas calles y en la siguiente clase contarán lo que allí habían visto, que no era Beco.

En la nueva clase, el profesor preguntó por la tarea. Uno dijo que había una zapatería, otro, una heladería, otro, una casa de familia y, así, todos. El profesor iba diciendo «no» con la cabeza a cada respuesta.

Nadie vio que allí había un samán.

Felo Jiménez

No había televisión, ni parabólicas, cables o internet, pero la narración por radio del fútbol italiano, en la voz de Felo Jiménez, desde la misma cancha de juego, no ha tenido quién lo supere.

Se podía cerrar los ojos, escuchar a Felo, y ver el juego claramente, con todos sus sonidos, las patadas al balón, los aplausos del público en cada gol, el caer de la lluvia o de la nieve, los insultos de algún aficionado exaltado, el grito de dolor de los jugadores lesionados, las indicaciones de los directores técnicos, y hasta el crecer de la hierba.

Uno se estremecía con los balones que chocaban en el travesaño. Celebraba cuando ganaba nuestro equipo, igual que lloraba cuando perdía, se indignaba si nos pitaban un penalty injusto, o se comía las uñas cuando el árbitro vendido daba minutos para que nos empataran o para ganarnos.

Lo que no sabíamos es que Felo Jiménez, desde los estudios de Radio Continente, en Caracas, solo tenía en sus manos un pedazo de papel, un télex, escasas cinco líneas, donde se informaba escuetamente el resultado, las alineaciones, los minutos de los goles y los autores. Felo reconstruía los noventa minutos de juego como si lo estuviera viendo en vivo y, algunas veces, le agregaba, para darle más emoción, lo que hoy se conoce como «tiempo de reposición». Así nació la radionovela en Venezuela.

Alejandro Colina

El escultor Alejandro Colina fue vecino del doctor José Gregorio Hernández y oyente en la cátedra de Anatomía del médico Luis Razetti en la Universidad Central de Venezuela. Su obra más conocida es la estatua de María Lionza, parte del conjunto de la Ciudad Universitaria de Caracas.

Juan Vicente Gómez lo puso preso en el Castillo Libertador de Puerto Cabello, donde compartió la celda con el poeta Andrés Bello. Una vez liberado, los traumas de los tres años de reclusión obligan a Colina a ser internado en el Hospital Psiquiátrico de Caracas, a donde regresará varias veces en sus tantas crisis mentales. Decía que «los seres normales son normales porque saben llevar muy bien su máscara».

Padecía de adicción al alcohol. Colina culpaba de eso a los críticos y a los compradores de arte. Todos los días se compraba tres botellas de licor. Una de whisky, para los críticos, otra de ron, para los compradores, y una de aguardiente, para él, pero, como no iban ni críticos ni compradores, se tomaba las tres.

El árbol de la fantasía

Tuto llegó cansado y con hambre. Amarró su mula a las orillas del río y se fue al bar a tomar un trago y a buscar algo de comer. Como a medianoche se había olvidado de la comida, pero había avanzado en los tragos. De pronto se produjo una pelea y rápido salieron a relucir cuchillos y machetes por todos lados. Tuto se deslizó por la puerta trasera y corrió en busca de su mula. En medio de la oscuridad llegó donde había dejado el animal, lo montó y huyó. Ya amaneciendo, Tuto sintió que la mula se tambaleaba demasiado y además rugía. Cuando la luz del día aclaró todo, descubrió que en el apuro se había montado en un tigre. Agarró entonces una cabuya que vio en el piso y amarró con fuerza a la fiera para que no se lo comiera. La cabuya era en realidad una culebra que estaba enrollada. El tigre se asustó y salió volando hasta un río donde por fin pudo escapar. Pero Tuto seguía con hambre, se puso a pescar mientras escupía chimó para pasar el susto. Pasaron las horas y, como no pescaba nada, lanzó el pote del chimó al río. Los peces con asco salían a escupir el chimó y Tuto quiso agarrarlos uno por uno cuando sintió un gran golpe. El sueño fue interrumpido por un manotazo sobre el mostrador de la bodega donde Tuto se había quedado dormido. Una hormiga diabética solicitaba un kilo de azúcar con urgencia.

Las cosas tienen memoria

Hace muchos años llegaba un tren a La Ceiba, un pueblito con puerto en el lago de Maracaibo, Venezuela. Un tren cargado con plátanos, café y cacao, productos minuciosamente seleccionados, que luego salían en barco rumbo a las Europas. El tren regresaba igualmente lleno de telas, máquinas de coser, candelabros, sombreros y cuanto cachivache se les ocurría a los comerciantes que contrabandeaban desde las Antillas, aunque ellos decían que la mercancía era traída directamente de la Francia.

Pasó el tiempo y un día el tren no llegó. Nuevos medios de transporte, una baja en la producción, el desinterés por baratijas importadas, no se sabe, hizo que el tren no volviera nunca más.

Los rieles bostezaban nostálgicos con el sol de la tarde. Entonces los campesinos y los pescadores, al ver sus casas destartaladas, empezaron a desarmar esos rieles y los pusieron como vigas en los techos de sus viviendas.

Por eso, a ciertas horas del día, los habitantes de La Ceiba aseguran escuchar en sus casas el paso del tren.

Navegaciones

Nació en 1835, sin nombre, sin conciencia y sin un solo diente. Eso sucede, según las estadísticas, con el cien por ciento de las personas. Y ya sabemos que hay tres clases de mentiras: las mentiras leves, las mentiras graves y las estadísticas.

Rápidamente obtuvo un nombre: Samuel Langhorne Clemens. Los dientes fueron surgiendo poco a poco, y resultaron muy útiles en las escasas oportunidades que tuvo que sonreír. La conciencia sí tardó en llegar. La conciencia es una grieta en nuestra armadura.

A los doce años quedó huérfano de padre, a los dieciocho se fue de casa y se convirtió en piloto de barco en el río Mississippi. Entonces asumió el timón de su vida. Se volvió silencioso, huraño. Escribió sus libros *Las aventuras de Huckleberry Finn*, *Tom Sawyer* y el cuento de Noé. Noé ya iba con todos los animales en su arca cuando lo llamaron del cielo. Que se regresara. Faltaba un animal que iba a ser decisivo en el futuro de la humanidad. Se había quedado la mosca.

Finalmente decidió continuar con la tradición de su familia: cambiarse de nombre. Esa costumbre la había empezado un abuelo misionero que dejó un agradable sabor entre los feligreses, una tribu caníbal. Muchos de sus familiares se pusieron otro nombre solo por la simple travesura de huir de los acreedores.

Antes de emprender cada viaje había que medir el nivel de las aguas. Unos hombres con largas varas lo autorizaban. «Marca dos», decían y el barco empezaba a navegar. Y así es como conocemos hoy a Mark Twain.

El negro Graterol

El negro Graterol fue reclutado en tiempos de Juan Vicente Gómez. La primera tarea que le pusieron fue la de ordeñar unas vacas que Gómez tenía en unos potreros en Maracay. Bajo la mirada férrea del capataz Tarazona, los reclutas empezaban la faena todos los días al amanecer. Tarazona observó que, mientras ordeñaban, los jóvenes cantaban canciones del llano, contentos con su suerte. El único que no cantaba era el negro Graterol quien, malhumorado, ordeñaba con fastidio y en silencio. El capataz se le fue acercando lentamente, dando fuetazos en el aire, y cuando lo tuvo al lado le preguntó que por qué no cantaba. Graterol, asustado, se justificó:

—Ah, es que esta vaca es sorda.

Baldomero

A Wilfredo Sandrea

Una mañana me encuentro con Baldomero, le muestro mis botas llenas de barro y me quejo de la lluvia. Baldomero me responde:

— Qué bonita la lluvia. Las maticas lo agradecen. Todo se pone verde y lleno de colores. Mire esas flores.

Otro día veo de nuevo a Baldomero y ahora me quejo del verano. El calor y el polvero. Baldomero me dice:

— Qué bonito el verano. Mire la alegría azul de esos cielos. Provoca vivir metidos en los ríos.

Baldomero no tiene nada, solo optimismo. No tiene ni partida de nacimiento, pero debe pasar de los cien años. Yo le pregunto si a esa edad no le teme a la muerte, y él contesta:

— Nóóó, a esta edad casi nadie se muere.

Deudas

A don Homero Vivas no le quedó otro recurso que pedirle prestado un dinero a su compadre don Aníbal Pabón, el prestamista de Pregonero. Estaban a comienzos de septiembre y don Homero se comprometió a pagar el primero de diciembre. No hubo necesidad de firmar nada. La palabra es un documento sagrado.

Llegó el primero de diciembre, el primero de enero, el primero de febrero y nada que don Homero pagaba la deuda. Don Aníbal empezó a perseguirlo, pero nunca lo encontraba, ni en la casa ni en la calle. Don Homero siempre se le escondía.

Un día don Aníbal vio al compadre por los lados de la plaza. Don Homero se dio cuenta y rápidamente se metió en una funeraria. Don Aníbal entró a la funeraria y no vio a nadie, pero sospechó que podría estar escondido en alguno de los ataúdes. Abrió uno y nada, abrió el segundo y nada, abrió el tercero y se encontró con don Homero que estaba acostado con una cara de moribundo y los brazos cruzados en el pecho. Don Aníbal le preguntó:

— ¿Y usted qué hace ahí?

Don Homero le respondió:

— Ay, aquí, muerto de la pena por no haberle podido pagar.

Frecuencia

Miguel Melani acudió a todas las farmacias de La Grita, pero en ninguna encontró lo que buscaba. Decidió entonces visitar a un farmacéuta amigo quien de inmediato se dio a la tarea de buscar tan ansiada medicina.

— ¿Cómo fue que me dijo que se llamaba el medicamento?

— Frecuencia.

El científico buscó en un gran libro llamado *Vademécum*.

— Frecuencia, frecuencia... Nada por la 'f'. Veamos por la 'j'... Menos. Déjeme buscar en internet... Frecuencia... Frecuencia... Tampoco, ¿oiga y el médico no le dio un r cipe?

— N   , solo dijo que me lavara esas patas con frecuencia.

Sin ataduras

— Yo soy libre como el viento, como los pájaros. No estoy atada a nada, ni a un marido ni a un novio ni a un hijo ni a los vecinos. No tengo perro que me ladre. No profeso religión alguna ni filosofía ni partido político. No le debo nada a nadie. No dependo del gobierno ni de las limosnas. No creo en promesas ni en cuentos de camino. No atesoro esperanzas ni conservo recuerdos. No ostento tesoros ni rindo cuentas. No me sobra ni me falta nada. No acaricio venganzas ni guardo rencores. No tengo responsabilidades ni evado compromisos. Soy alegre pero no bailo al son que me toquen. No siento miedo ni evito los peligros. Consumo el pan de la vida hasta las últimas migajas. No quiero ser esclava de las palabras, ni del silencio ni de los nombres...

— Y, a propósito de nombres, ¿cómo te llamas?

— En la aldea me dicen Bala Perdida.

Monche Lugo

Ramón Lugo, mejor conocido como Monche Lugo, el primer suegro de Pausides Reyes, vivía en las afueras de Siquisique en unas condiciones casi primitivas. No quería nada con la tecnología. La familia, los amigos, los vecinos, le insistían para que aceptara algunos artefactos que la gente quería regalarle, pero él siempre se negaba. Al fin cedió. Lo primero fue la luz. Después le llevaron una cocina. A regañadientes aceptó una nevera. Al comienzo se asustaba, pero después no se separaba del ventilador. Y así le fueron llevando poco a poco todo tipo de aparatos que Monche Lugo manejaba a veces contrario a lo que decía el manual. Todos estaban contentos porque el viejo ahora vivía en mejores condiciones. Pasó un tiempo sin que lo visitaran y un día su hija Digna decidió ir a verlo para preguntarle cómo le iba con los últimos obsequios. Monche Lugo lo explicó a su manera:

— Naguará, hija, la lavadora grande me salió muy buena, pero la pequeña muy destrozona, me acabó todas las medias y los interiores.

La última vez le habían regalado una lavadora y una licuadora.

Eco de Juan Félix

Cuando Umberto Eco vino a Mérida de inmediato quiso conocer al artista popular Juan Félix Sánchez. Lo llevaron a Apartaderos, le mostraron la capilla de piedra, vieron el museo, pero alguien le sugirió que lo mejor estaba en El Potrero, en la montaña donde vivía Juan Félix. Eco pidió ir. Sus anfitriones se alarmaron. Le dijeron que no era conveniente. En ese lugar no había luz, ni televisión, ni teléfonos, ni computadoras, mucho menos internet. No había gas ni nevera ni calefacción. La barbarie.

Como todo eco, Umberto repitió la petición. Buscaron a prisa unas mulas, alimentos, cobijas, algún licor, un baquiano y al otro día muy temprano subieron. El paso más alto, La Ventana, está a más de cuatro mil metros.

Al llegar, Juan Félix y Epifania los recibieron con café caliente, y poco a poco le fueron mostrando todo. Luego visitaron la otra capilla. Hablaron poco, contemplaron mucho. Juan Félix le dijo a Eco que a Dios debía gustarle más una capilla de piedra que una de oro. Eco miraba embelesado. Juan Félix había hecho todo, las sillas, las camas, el telar, las casas, las capillas, las tallas, las esculturas.

Después de una noche de silencio, de paz, de meditación, hubo un desayuno al calor del fogón de leña. Eco se despidió agradecido con Juan Félix, Epifania y los campesinos y, cuando ya montaba la mula que lo llevaría de regreso a la ciudad, dirigiéndose a sus compañeros de viaje, les dijo:

— Ahora sí, vayamos a la barbarie.

Memorias de Altagracia

A Pino Pascucci

En el barrio de Nuestra Señora de Altagracia, en el centro de Barquisimeto, deambulaba un personaje al que llamaban Radio Altagracia, porque todos los días salía a recorrer la ciudad haciendo las veces de una radio. Daba noticias, hacía denuncias sobre el gobierno de Raúl Leoni, intercalaba datos y fechas de otras épocas, de la guerra Federal, de la Revolución Restauradora, confundía hechos históricos con acontecimientos ficticios en una perorata que diariamente divertía a los barquisimetanos.

El personaje cargaba una carrucha donde montaba las cornetas y recogía botellas que luego vendía para comprar su cocuy. Después de los primeros tragos y mientras caminaba por el mercado o por la plaza iba pregonando:

— Radio Altagracia informa. Este gobierno sanguinario, que asesina jóvenes, que tortura a los trabajadores, es responsable de no sé cuántos muertos...

Descansaba y tomaba aliento para gritar con fuerza:

— Abajo el gobierno de Raúl Leoni...

En eso iba pasando una patrulla, un carro negro y blanco con un cucurucho rojo arriba, que más parecía un carro funerario. Entonces la ambulante «radio» cambiaba de tema y de época:

— Viva Juan Crisóstomo Falcón...

Pero a veces era sorprendido *in fraganti* por la policía hablando contra el gobierno y ahí el personaje salía con su expresión cumbre que divertía todos, incluso a la policía:

— Radio Altagracia no se solidariza con los conceptos y opiniones emitidos por esta emisora.

La muerte de Toribio

Yovana llegó gritando:

— ¡Mataron a Toribio, mataron a Toribio!

— Y ¿por qué?, preguntó la prima tratando de tranquilizarla.

— Por sapo, por bocón. Él tiene la culpa.

— Pero no es justo, eso no es excusa para matar a nadie.

— Es que Toribio se ponía a gritar: «Ahí vienen los malandros, ahí vienen los malandros» y entonces la policía los agarraba. Un día lo sentenciaron: «si Toribio nos vuelve a sapear, lo vamos a matar». Dicho y hecho.

Yovana hizo un alto para limpiarse las lágrimas y prosiguió:

— Hoy estaba de lo más tranquilo en la azotea cuando pasaron corriendo los muchachos y Toribio empezó a gritar «En la alcantarilla», «En la basura», y así la policía supo dónde estaban escondidos los malandros. Uno de ellos regresó más tarde, lo apuntó con una pistola y lo desplumó.

— ¿Lo desplumó? ¿A quién desplumó?

— Pues a Toribio, el loro de la casa.

De los daños que hace la educación

Caminábamos por el centro de Trujillo con el fotógrafo Tolele cuando de pronto se nos abalanzó un indigente. Al comienzo pensamos que nos iba a agredir, pero Tolele nos dijo que no nos preocupáramos porque él lo conocía. El señor estaba descalzo, con la ropa hecha harapos, la barba de varios días, algunos tragos encima y, aunque tenía hambre, dijo que no venía a pedirnos dinero, solo quería hablar con Tolele porque tenía una cosa muy importante que decirle. Ellos se apartaron un poco, pero nosotros logramos escuchar lo que le dijo:

— Mire, profesor, porque usted fue mi profesor, usted se acuerda, ¿verdad? Bueno, yo estoy muy agradecido, porque todo lo que yo tengo, todo lo que yo soy, se lo debo a usted, profesor.

La bolsa

Los domingos yo suelo montar bicicleta por la vía del trolebús Mérida-Ejido. Allí se congrega mucha gente, jóvenes con patinetas, señoras con sus perritos, niños con sus triciclos, y otros ciclistas.

El domingo pasado yo subía solo cuando de pronto sentí una pequeña bulla a mi lado. Yo no hago problema si otro ciclista me pasa. De todas maneras aceleré un poco, pero el ruido continuaba cada vez más cerca. Agotado, aflojé y me dispuse a mirar y a saludar al que me rebasaba. Una bolsa de plástico, ayudada por el viento, corría paralela a mí.

Durante los siguientes cinco minutos me propuse una competencia imaginaria con la bolsa. Ni ella me rebasaba ni yo lograba dejarla atrás. Cualquiera que nos hubiera visto habría pensado que la bolsa estaba loca.

De repente, llegando a una estación, había una cinta de VHS o Betamax que atravesaba toda la vía, como las que hay en las carreras. Yo aceleré. Ya me sentía ganador cuando un impulso extraordinario del viento hizo que la bolsa volara y atravesara primero. Luego se detuvo y no avanzó más.

Yo seguí pedaleando y pensé: «A veces uno se pasa la vida compitiendo con cualquier bolsa».

Garzón

Jaime Garzón, el humorista colombiano, fue alcalde en el páramo de Sumapaz, que de paz no tenía nada. Allí una niña se le acercó y le dijo:

— Garzón, yo lo admiro.

— ¿Por qué?

— Porque sabe imitar.

— ¿A ti te gusta imitar?

— Sí, pero no lo hago como usted. Enséñeme para hacer reír y reírme cuando estemos aburridos.

— ¿Por qué me pides que te enseñe si ya sabes?

— Porque usted es divertido.

— ¿Y tú qué imitas?

— ¿Usted ha visto un bombardeo? ¿Ha escuchado el vuelo de los helicópteros, de los aviones, el estruendo de las bombas?

— No.

— Bueno, yo imito eso, imito helicópteros.

— Uy, yo sí decía que eras una niña medio volada.

Cenicento

Teresa y Lubio se habían puesto de acuerdo. Esa noche ella dejaría las puertas semiabiertas y Lubio entraría cuando el padre de la muchacha estuviera dormido. El padre de Teresa era un coronel retirado que dormía en una hamaca en la sala de la casa. Lubio llegó a la hora convenida. El coronel dormía, pero Lubio, para impresionar a la chica, se había puesto unos zapatos nuevos que chirriaban al pisar y el coronel rápidamente despertó. Bajó de la hamaca, sacó un revólver de la mesita de noche y se asomó a la ventana. Allí estuvo largo rato hasta que le dio sueño. Lubio se quitó los zapatos y se acercó de nuevo a la casa. El coronel dormía con un ojo abierto y el arma sobre la barriga. Se estaba haciendo tarde pero había que esperar. Cuando el coronel empezó a roncar, Lubio, con los zapatos en la mano, pasó por debajo de la hamaca. Llegó a la puerta de la habitación de la novia y entró. El cuarto estaba oscuro. Puso los zapatos en el piso y, tanteando, llamó suavemente: «Teresa, princesa... Soy yo». Pero Teresa se había quedado dormida y despertó asustada. Pegó un grito pensando que se trataba de un ladrón. El grito despertó al coronel quien, enredado en la hamaca, dejó caer el arma al piso. Lubio aprovechó para salir corriendo de la casa pero, con el susto, olvidó los zapatos.

Al otro día, desde su escondrijo, el poeta Lubio Cardozo observaba cómo el coronel, acompañado del prefecto del pueblo, iba de puerta en puerta, tratando de descubrir a quién pertenecía un par de zapatos que alguien había dejado en su casa la noche anterior.

La eternidad

Los Ranges quisieron conocer Araya inmediatamente después de ver la película de Margot Benacerraf. Hacia allá se dirigieron en un carrito donde cabía toda la familia. Salieron temprano desde Carúpano y, después de recorrer muchos kilómetros por una recta interminable, quisieron saber si iban bien. Preguntaron a algún escaso transeúnte, quien les respondió:

— Sigán por ahí, pa'alla.

El calor del mediodía aumentaba la sed y el cansancio, pero el camino no tenía fin. Volvieron a preguntar. Un hombre sin camisa les dijo:

— Sigán por ahí, pa'allá.

Continuaron un rato más y ya estaban enceguecidos por el sol, el mar y las salinas, cuando se les atravesó una viejecita que vendía pescado. Se detuvieron y se bajaron a preguntar. El doctor Rangel le dijo amablemente que tenían varias horas viajando para conocer Araya, pero pensaban que no iban a llegar nunca.

La viejecita les aclaró:

— Ay, mijo, más lejos queda la eternidad, y ya vamos a llegar. Sigán por ahí, pa'allá.

Las tres etcéteras del Libertador

Cuenta don Ricardo Palma que Bolívar debía viajar a San Ildefonso de Caraz y, por ello, el jefe del Estado Mayor Conjunto escribió al gobernador Pablo Guzmán para solicitarle pasto para los caballos, comida para la tropa, y para Bolívar alojamiento decente, buena mesa, buena cama, y etc., etc., etc.

Guzmán entendió todo, menos «las tres etcéteras» y para resolver el enigma convocó a sus prefectos. Uno de ellos dijo:

— Está clarísimo. Bolívar es muy devoto a Venus, y «las tres etcéteras» van inmediatamente después de «buena cama».

Guzmán encontró lógica la explicación y ordenó «apresar» a las tres más encantadoras señoritas del lugar. Las matronas protestaban. Los soldados se disculpaban: «Necesidades de la Independencia».

Bolívar llegó con su tropa y, al enterarse de lo sucedido, inmediatamente destituyó a Guzmán y liberó una a una a las agradecidas muchachas, quienes se enamoraron del Libertador.

Bolívar en esa oportunidad no llevaba mayores apremios amorosos porque iba acompañado de la bella Manolita Magroño, pero, tiempo después, pasó de nuevo Bolívar por San Ildefonso de Caraz, esta vez solo, sin compañía femenina y, entonces, ahora sí... etc., etc., etc.

Orlando Pichardo y Mario Abreu

Un día llegaron el poeta Orlando Pichardo y el pintor Mario Abreu a un bar llamado el Omh 2000, que quedaba en la planta baja del edificio administrativo de la Universidad de Los Andes, en Mérida. Tenían escasamente lo suficiente como para tomarse una cerveza cada uno. Al ver que se les terminaba el trago y no llegaba ningún conocido para brindarlos, Abreu pidió a Pichardo que le buscara en el carro las cartulinas y los creyones para ponerse a pintar. Efectivamente, al rato Mario Abreu ya había vendido varios de sus gallos y tenían ahora suficiente dinero hasta para tomar whisky importado. Pasó por allí el poeta Parayma y no solo le compró dibujos a Abreu, sino que incluso obsequió abundante trago a los amigos. Entonces Abreu se le acercó a Pichardo y le dijo, en tono triunfador, casi al oído:

— ¿Viste? Esa es la diferencia entre un pintor y un poeta.

Pichardo no dijo nada y siguió tomando mientras Abreu dibujaba.

Al rato una chica vino a sentarse y compartió largamente con ellos. De pronto Pichardo se levantó de la mesa y se llevó a la chica. Abreu no entendía, y les gritó desde lejos:

— Pero, epa, ¿qué pasó, por qué se van?

Entonces Pichardo se le acercó a Abreu y le dijo, en tono triunfador, casi al oído:

— ¿Viste? Esa es la diferencia entre un poeta y un pintor.

Freddy Fernández

El poeta Freddy Fernández fue un día a hacerse unos exámenes médicos. Un error de los reactivos o de los técnicos dio unos resultados equivocados. El poeta fue a ver a su médico personal. El médico se alarmó. Freddy preguntó:

- ¿Estoy muy mal, doctor?
- Muy mal.
- ¿Y puedo comer carnes rojas?
- No, no puede.
- ¿Y unos traguitos?
- No, tampoco puede.
- ¿Y fumar?
- Menos.
- ¿Y tomar Frescolita?
- Nada.

Ya vencido, el poeta se atrevió a preguntar:

- ¿Pero, por lo menos voy a vivir un poco más?
- A lo que el médico le respondió con una sinceridad pasmosa:
- Bueno, vivir sí... pero no se lo recomiendo.

Crípulo

Cuando la mula campanera emprendió el camino, las demás mulas rápidamente la siguieron. Crípulo echó una última mirada a las escasas luces del pueblo y se persignó. Se encomendó a las ánimas. Había realizado ya muchas veces ese viaje, de llevar un arreo de mulas con café del pueblo a la ciudad, pero hoy tenía miedo.

La noche estaba fresca pero un poco oscura. Crípulo sacó la botella de aguardiente que llevaba en la silla de montar y tomó un trago para darse ánimo.

Cerca de la medianoche, Crípulo divisó a lo lejos a un grupo que iba delante en la misma dirección. Por las luces de las linternas o de las velas, Crípulo pensó que podrían ser ocho o diez personas, unas a pie y otras a caballo. Apuró el paso de las mulas pero, al cruzar un zanjón, no se encontró con nadie.

La noche se había puesto fría, pero no había señales de lluvia. Crípulo tomó otro trago para darse calor. Un rato después, volvió a ver luces a la distancia. Entonces aplicó las espuelas a su mula, fustigó a la mula campanera, que salió disparada, y ahora sí pudo alcanzar al grupo.

Llevaban a alguien como en una hamaca. Un herido seguramente. Crípulo saludó y preguntó.

— Buenas noches, ¿quién es el herido?

— No es herido — le respondieron — es difunto.

Crípulo volvió a preguntar:

— ¿Y quién es el difunto?

— El difunto es usted.

Prioridades

Nosotros éramos muy pobres, por eso cuando nos ofrecían ir a comer en casa de algún vecino aprovechábamos para llenarnos. Un día nos invitaron a una parrilla y llegamos temprano. Como todavía no estaba la carne, y teníamos hambre, empezamos a comer yuca pura. Pasó mi papá y nos vio, luego se acercó con discreción y bajito nos dijo:

— No se llenen con yuca, no sean bobos, esperen la carne y coman toda la que puedan, porque yuca es lo que nos sobra en la casa.

Calipigia

Jean de la Fontaine amaba el juego, los placeres del campo y de la mesa, la música, la poesía, las mujeres hermosas. Decía que empleaba el día en dos cosas: en dormir y en no hacer nada.

La Fontaine cuenta esta fábula que ya había contado Ateneo, Alcifrón, Nicandro y hasta Clemente de Alejandría.

Un joven forastero va caminando por una calle de Atenas y ve a dos chicas muy bellas discutiendo. Interviene y pregunta a qué se debe la pelea. Ellas responden que no se ponen de acuerdo en decidir cuál de las dos tiene las nalgas más hermosas. El muchacho se ofrece como juez para dirimir la disputa. Las chicas aceptan, se levantan las faldas y el joven se encuentra en un verdadero aprieto. No sabe a cuál dar la razón, las dos son muy bellas. Finalmente se decide por una y la chica, agradecida, decide casarse con el juez. El joven tenía un hermano menor, a quien envió rápidamente un mensaje. El hermano llegó y de inmediato se enamoró de la otra chica. Las dos parejas decidieron casarse el mismo día y, en agradecimiento, fundaron un templo consagrado a la Diosa de las Bellas Nalgas, la Afrodita Calipigia, que eso significa Calipigia: *calós*, ‘bello’; y *pigia*, ‘nalga’. Un santuario donde hay una escultura de la diosa, con el peplu levantado hasta la cintura, y de espaldas contempla su belleza en una fuente. Las jóvenes parejas también decidieron hacer un concurso, las Calipigóteras, que se realizaría todos los años, entre las mujeres de Atenas, para ver quién tenía las nalgas más bellas.

La Fontaine dice que ese es el único templo al que le tenía fe y donde entraría a orar.

Soñadores

A Astro, que ya anda con los astros

Astro se acercó a la cama, olisqueó la cobija y ladró. Al ver que Alveiro no le respondía salió de la habitación y regresó con el bastón. Ladró una vez más. Alveiro estiró la mano con pereza para acariciar a su perro y le dijo que lo dejara dormir un rato más. Hoy no quería levantarse. Una extraña felicidad lo embargaba. Se volteó, puso la almohada sobre su cabeza y trató de dormir de nuevo. Astro extraño se quedó esperando un poco más. Se sobresaltó cuando sonó el teléfono. Alveiro se incorporó y escuchó. Era Orángel que, desde el otro lado de la línea, quería contarle algo. Alveiro también tenía algo que contar, y asomó la idea de encontrarse en algún café para conversar. Orángel se rio como un niño. Confesó que todavía no se había levantado. Quería seguir durmiendo. Entonces decidieron hablar cada uno desde su cama.

— Anoche soñé, dijo Alveiro eufórico. Soñé que manejaba un camión, vi de nuevo los caminos, los árboles, las montañas, las sábanas, el cielo, todo. Me despertó Astro.

— Yo también estoy feliz. Soñé con mi mamá.

— Pero tú eres ciego de nacimiento. Yo antes de quedar ciego vi todo, formas, colores, por eso me alegra soñar porque vuelvo a ver. Pero tú, en cambio, nunca has visto nada. ¿Cómo sabes que era tu mamá?

— Por el olor que había en la almohada.

Razones

El poeta Lezama Lima vivió gran parte de su vida, desde 1929 hasta su muerte, en La Habana Vieja, Trocadero 162, donde hoy hay un museo. Un día lo visitaron varios escritores amigos y vieron que la casa era un poco húmeda, lo que no le hacía nada bien al asma que Lezama tenía desde niño. Le preguntaron entonces por qué no se mudaba. El poeta respondió como una serpiente bífida, su barroquismo le dictaba siempre una respuesta metafísica y otra terrenal.

— Porque, como decía san Agustín, todo cambio es diabólico, y además porque no consigo nada mejor por 30 pesos.

Hipocondríaco

El médico tenía un vecino que todas las mañanas llegaba con una enfermedad diferente. Un día decía que estaba a punto de morir porque lo había picado un mosquito en un dedo, otro día que tenía un ataque de caspa, una jaqueca por el olor de la dama de la noche, o un insomnio por el paso de la luna. Ya no lo soportaba. Pero una noche el vecino enfermó de verdad y murió. El médico respiró aliviado. El vecino fue enterrado en el cementerio municipal, y la vida en aquel pueblo continuó tranquilamente.

Pasó el tiempo y el médico, que había envejecido, también murió, y fue enterrado en el cementerio municipal, con tan mala suerte que su tumba quedó al lado del que era en vida su vecino. Una mañana tocaron la lápida y el médico se encontró con lo que en toda su muerte había estado temiendo: una visita del vecino.

— Sorpresa, doctor, somos vecinos de nuevo.

— Pues, sí. ¿Y ahora que le duele?

— No, extrañamente no me duele nada, pero tengo un problema.

— ¿Cuál?

— Una terrible falta de apetito que me tiene ya en el puro hueso.

Y el médico le respondió:

—Yo ando en las mismas.

Enfermedades raras

El poeta empezó a tener unos extraños mareos y decidió visitar a un médico. No era nada grave, apenas una vértebra cervical que le pisaba el nervio vago. El médico preguntó:

— Dígame, ¿cuál es el problema?

— Se me duermen las manos en clases, charlas y conferencias.

— Y eso ¿en qué lo afecta?

— Que no agarro nada.

— ¿Y qué otro síntoma presenta?

— Que cuando me miro en el espejo solo veo espejismos.

El médico hizo una pausa y prosiguió.

— ¿Realiza Ud. algún deporte?

— Sí

— ¿Cuál?

— Hablo conmigo mismo.

Luego el médico hizo su última pregunta:

— Y dígame, compañero, ¿qué acostumbra hacer en sus ratos de ocio?

— Hago llover.

El médico dio su diagnóstico:

«Humor acuoso crónico»

ÍNDICE

Decálogo breve, <i>ma non troppo</i>	7
Víctor Hugo	9
Cuento chino	10
Benjamin	11
Cementerio	12
Chuang Tzu	13
El poeta Julio Flórez	14
Desayunos	15
León Felipe	16
<i>Speculum</i>	17
Los Beatles	18
El loco de pregonero	19
Estadísticas	20
Cada cosa a su tiempo	21
Ramón Rivas	22
<i>Bonny and Juan</i>	23
Triglicéridos	24
Paciente	25
Pérez Bonalde	26

Dentaduras	27
Héctor Rago	28
Temores	29
Chuy Moreno	30
Antídoto explosivo	31
Mauro	32
Simplatía	33
Adolfo Mejías	34
El burro más triste del mundo	35
Calambur	36
Inmortal	37
Monterroso	38
Juego de niños	39
Doña Gerbasia	40
Alfredo Sadel	41
Valle-Inclán	42
Oniria	43
Duelo	44
Fábula	45
Gallegos	46
Náyades	47
Guillermo de León Calles	48
Roque Dalton	49
La miel del alacrán	50

La mujer del burro	51
La Gata Martina	52
Avisos	53
Las Trejo Díaz	54
Vicente, el telegrafista	55
El Piloto	56
El sueño del pintor	57
Balzac	58
Calimero	59
El poema	60
Colonoscopia	61
Ambrosía	62
Poesía	63
Gabo	64
Poncio	65
Rubbing	66
Obregón	67
El arte	68
Gatos mojados	69
Leonardo	70
El despecho de los perdidosos	71
Aureliano González	72
Ciro Mendía	73
Metáforas	74

Excusas	75
Madame Berlioz	76
Editores	77
Errores acentuados	78
Trino Borges	79
Felo Jiménez	80
Alejandro Colina	81
El árbol de la fantasía	82
Las cosas tienen memoria	83
Navegaciones	84
El negro Graterol	85
Baldomero	86
Deudas	87
Frecuencia	88
Sin ataduras	89
Monche Lugo	90
Eco de Juan Félix	91
Memorias de Altagracia	92
La muerte de Toribio	93
De los daños que hace la educación	94
La bolsa	95
Garzón	96
Ceniciento	97
La eternidad	98

Las tres etcéteras del Libertador	99
Orlando Pichardo y Mario Abreu	100
Freddy Fernández	101
Crispulo	102
Prioridades	103
Calipigia	104
Soñadores	105
Razones	106
Hipocondríaco	107
Enfermedades raras	108

Ambrosías
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
en el mes de octubre de 2025





Ambrosías

Es un libro de relatos cortos. Cada uno de ellos revela a un escritor maduro, cuidadoso del lenguaje y del ritmo. Son narraciones en las que el humor y la brevedad van de la mano. Pero dicha brevedad y el hecho de ser relatos, muchos de ellos de tipo anecdótico, no excluye la profundidad poética y filosófica del texto. Uno de sus más severos aciertos se encuentra en el hecho de haber podido conjugar lo terrible en la trama misma del humor. El otro, en lograr la síntesis entre lo fragmentario, lo conciso y la búsqueda de lo imperecedero. Y es que “ambrosías”, como señala el autor, significa “inmortal”. Por esta razón Fraguí quiere llevar el arte, “el alimento divino”, a quienes lo necesitan. Y por ser alimento de los dioses no puede darse sino en pequeñas porciones. Sus relatos dialogan no solamente con lo más selecto de la literatura y de la filosofía, sino que elevan a esos personajes locales y anecdóticos que pone en escena a lo más universal y humano de la existencia.

GONZALO FRAGUI (Mérida, 1960. Seudónimo de Eleazar Molina Molina) Es poeta, narrador, periodista y editor. Licenciado en Comunicación Social (UNICA). Magister en Filosofía y Candidato a Doctor en Filosofía por la Universidad de Los Andes. Cofundador del grupo literario y del fondo editorial Mucuglifo. Ha publicado los poemarios *De otras advertencias*, *Dos minutos y medio*, *La hora de Job*, *Viaje a Penélope*, *Obra poética* (1989-2004) y *Epistolabio*; así como los libros de anécdotas y relatos breves *Poeterías*, *Ebriedades*, *El escorpión de Cera*, *Minitaurus*, *Cronopioscopio* y el libro de humor campesino *Pueblerías*. En 2001 obtuvo el Premio de Poesía de la III Bienal Nacional de Literatura Juan Beroes, Estado Táchira. En 2008 el Premio de Crónica de la Bienal Orlando Araujo, de Barinas. En 2014 la II Bienal de Literatura Argimiro Gabaldón, de Portuguesa. En 2015 la I Bienal de Humor Alí Gómez García, Caracas. Actualmente es director del Departamento de Literatura en la Fundación para el Desarrollo Cultural del Estado Mérida.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA

